

TP 13 DOCUMENTO 10.

LO QUE HAY QUE TRATAR EN LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.

Autor: Guadalupe Magaña

Cuando una persona viene a dirección espiritual, especialmente si se trata de la primera vez, suele preguntar de qué se debe hablar. Cuando esto suceda, conviene, tanto al director espiritual como al dirigido, tener siempre presente el contenido propio de la dirección espiritual.

Para los orientadores morales, el diálogo espiritual debe convertirse en un instrumento de formación integral de la religiosa, sin reducirse a una conversación insustancial ni a un trato frío, burocrático e impersonal. En el diálogo espiritual, se debe buscar formar a la mujer interior, ayudando a la orientada a encontrar los caminos de su auténtico crecimiento personal como mujer y como cristiana y llamada a vivir el Evangelio en su radicalidad. Una auténtica formación interior debe perseguir la afirmación de la gracia sobre el pecado, de la entrega a Dios sobre el egoísmo, de la humildad sobre el orgullo y la rebeldía, de la cruz sobre la comodidad, de la fe sobre el racionalismo. Pocos medios como el diálogo espiritual ayudan tanto a la religiosa a formarse de modo continuado, personal y seguro, teniendo en cuenta sus dones, sus modos y su historia personales

Aconsejamos dedicar la primera dirección espiritual a explicar en qué consiste la misma. Esto da seriedad y así se evita el "no sé de qué voy a hablar". Después enseñaremos a la dirigida a preparar en profundidad cada dirección espiritual siguiendo un esquema sencillo pero completo, para no quedarse en cosas anecdóticas, superficiales, triviales, en simples desahogos emotivos, relatos apostólicos, problemas puntuales o conversaciones espirituales.

PASOS DE CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Autor: Guadalupe Magaña

El edificio de la vida espiritual se construye paso a paso, y así la dirección espiritual adquiere como fin la grave responsabilidad de lograr que la dirigida se comprometa cada vez más con su proyecto de vida, y que se vaya notando progreso entre dirección espiritual y dirección espiritual. Dijimos con anterioridad cómo en saber exigir con motivación se encontraba el gran secreto para lograr entregas generosas. No hay que tener miedo. Lo mejor que podemos querer para una persona es que alcance la realización completa de la voluntad de Dios sobre su vida, único camino de felicidad y realización personal. Todos, y especialmente las jóvenes, buscan la exigencia más de lo que pensamos, porque buscan la felicidad verdadera. Tienen deseos de santidad aunque la llamen de otra manera; anhelan encontrar una causa a la cual entregar toda su capacidad de donación y de entusiasmo, y nosotros podemos presentarles el camino para realizarla dentro de la familia religiosa a la que Dios le ha llamado.

Dar pasos de crecimiento espiritual significa:

- Crear inquietudes sanas: ¿Te sientes satisfecha de tu vida? ¿Qué estás haciendo por Dios y por los demás? ¿Crees que Dios te pide algo más? ¿Eres plenamente feliz? ¿Estás invirtiendo bien los talentos que El te ha dado? ¿A dónde quiere llevarte Dios? ¿Tienes claras tus metas en la vida? ¿Cuál es tu actitud habitual respecto a la voluntad de Dios? ¿Miedo de escucharlo? ¿Indiferencia? ¿Aceptación gozosa? ¿Alguna vez te has planteado seriamente la posibilidad de una mayor entrega a Dios? «Yo te invitaría a abrir horizontes», «Creo que tienes muchas cualidades», «Creo que podrás influir mucho entre las hermanas, en la vida de comunidad, si te lo propones. Influir en el sentido de hacer crecer el amor a Jesucristo, a la Iglesia, a la Congregación, a las almas rescatadas por Él a tan caro precio. ¿Te das cuenta de cuánto te ha amado Dios? ¿Podrías ayudar a encontrar cómo solucionar esta necesidad de la Iglesia? ¿Qué te gustaría haber realizado a la hora de tu encuentro con Cristo?, etc. Muchas veces deberás confrontarla con su situación actual para que la reconozca, y deberás llevarla a sentir el atractivo de la superación. Bástate en sus motivaciones de fondo, provócale el deseo de tomar las medidas necesarias para crecer. A este respecto se presenta muy aleccionador el testimonio del Santo Padre Juan Pablo II en sus encuentros con los jóvenes. (Cf. Discursos de Juan Pablo II en sus encuentros con los jóvenes en diversos países).

- Elaborar un plan personal. Los Ejercicios Espirituales anuales presentan una oportunidad excepcional para definir los programas de vida que luego irán retocándose durante el año.

- Explicar los fundamentos de la vida espiritual: La lucha ascética, la superación del pecado o estado de tibieza, el aprecio por la vida de gracia, la adquisición de las virtudes, la identificación con la Persona de Jesucristo. Explicar también las diversas etapas por las que va pasando un alma que realmente está comprometida con Cristo: purificación, compromiso, plenitud. Se enseñará a orar en diálogo con Jesucristo, a tener como socio al Espíritu Santo, a confiar en el Padre, a amar e imitar a María, a defender y trabajar por la Iglesia. Resumiremos a continuación algunas ideas sobre estos fundamentos; sin embargo, queremos dejar claro que la orientadora espiritual debe comprometerse a recibir la instrucción adecuada. Algunos medios que podemos sugerir son: cursos intensivos sobre la dirección espiritual, su plan de lectura personal, por ejemplo.

a) La lucha ascética:

En los tratados de vida espiritual suele hablarse de lucha ascética para explicar el esfuerzo que el hombre tiene que realizar si quiere progresar en su vida espiritual. La gracia de Dios es un don gratuito, pero corresponde al hombre cooperar para que ese germen de vida sobrenatural que lleva en su alma crezca y alcance su plenitud. Con este fin luchará contra las barreras obstructoras del desarrollo de la gracia: la soberbia, la pereza, el egoísmo, la sensualidad, y otras pasiones de las cuales todos tenemos experiencia en primera persona.

Únicamente Dios puede santificar a un alma. Porque nos ama, ha querido hacernos partícipes de su vida divina, al injertarnos en Cristo y darnos su Espíritu mediante la gracia santificante y las gracias actuales; sin embargo, la gracia no suple la naturaleza ni disminuye la libertad del hombre. Por eso, siempre será necesaria la libre respuesta y cooperación humana.

Al recordar nuestra creación a imagen y semejanza de Dios, se pone de manifiesto que hemos quedado afectados por el pecado original. Nuestra inteligencia y voluntad, aún cuando sigan tendiendo hacia la verdad y el bien, fueron dañadas. Esto explica la dificultad que encontramos para descubrir la verdad con nuestra razón y más aún para adherirnos con nuestra voluntad al bien objetivo. Experimentamos en nosotros la lucha entre la ley del espíritu y la ley de la carne o del pecado, como la sentía San Pablo, quien exclamaba con una mezcla de dolor y realismo: *“Querer el bien lo tengo a mi alcance, pero el hacerlo, no. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”* (Rom 7, 18-20)

No podemos dejar de lado en esta lucha la necesidad del sacrificio y la abnegación. De esta necesidad surge el sentido de la frase evangélica según la cual Cristo vino a traer *“no la paz, sino la espada”* (Mt 10,34). Vino a traer la guerra contra la tendencia desordenada inserta en el hombre por el pecado. Se habla de los cristianos como soldados de Cristo, soldados que luchan tratando de *“vencer el mal con el bien”* (Rm 12, 21).

La lucha ascética no implica, necesariamente, el hacer esfuerzos extraordinarios o heroicos. Ordinariamente se realiza mediante las pequeñas renunciaciones de todos los días: *“El que es fiel en lo poco, lo es también en lo mucho; y el que es infiel en lo poco, también lo es en lo mucho”* (Mt 25, 21).

El sacrificio y la abnegación implicados en los detalles de todos los días se harán más amables cuando se vivan como muestra de amor: responsabilizarse de los deberes de la vocación, dedicar el tiempo necesario a la oración y en los horarios que marca el reglamento, ayudar a quien lo necesita, practicar la justicia y la caridad, etc.

b) Ascesis progresiva de la dirección espiritual:

La lucha ascética no podemos entenderla como una guerra aislada, sino como una serie de batallas que debemos librar todos y cada uno de nuestros días para obtener la victoria final.

La mayoría de los tratados de vida espiritual presentan tres etapas de crecimiento espiritual: la purificación, la iluminación y la unión. Equivalen a las clásicas tres vías: vía purgativa de los incipientes, la vía iluminativa de los progredientes y la vía unitiva de los perfectos.

Dejando a un lado estos términos clásicos y la explicación detallada de estas vías, por no ser este un curso de vida espiritual, tomaremos algunas ideas de las diversas etapas que nos sirvan para llevar a las almas por el camino del crecimiento espiritual:

- La lucha contra el pecado. La primera condición del amor consiste en no ofender al Amado, y dado que nada ofende más a Dios que el pecado como negación del amor, quien realmente desee crecer en amistad con Dios deberá determinarse a luchar contra lo que daña el amor. Hay pugna entre naturaleza y gracia, virtud y pecado, Dios y el demonio, realidad que en teoría se sabe de memoria; pero en la práctica, uno no la quisiera, y ante la dureza de la lucha podría darse fácilmente el admitir la derrota.

Esta etapa presupone instaurar los medios necesarios para mover la voluntad a no caer más en pecado mortal, si ha tenido ya la desgracia de haber caído, y lograr así vivir habitualmente en gracia, desterrando el hábito del pecado y todo aquello que a él conduzca. Cuando un sembrador quiere echar la simiente en el campo, primero debe prepararlo. Sucede exactamente igual en el campo de la dirección espiritual; primero se limpiará la tierra personal de todos los hierbajos antes de poder sembrar. Un alma nunca alcanzará un estado de crecimiento espiritual mientras haya pecados mortales en su vida. Evidentemente, no puede preguntarse la dirigida si tiene pecados mortales, pero conviene recordarle con cierta frecuencia que, para llegar a la santidad en el propio estado de vida, necesita primero librarse del pecado.

Importa recordar a la hora de discernir si hubo pecado grave, que para que éste exista se necesita no sólo la gravedad de la materia, sino también pleno conocimiento y consentimiento. Podría darse el caso de una verdadera angustia por creer que se ha cometido un pecado mortal, cuando en realidad o no hubo conocimiento de su gravedad, o no fue pleno el consentimiento, o no fue materia en sí grave. Pero también pueden presentarse dirigidas que justifican toda su actuación sobre premisas falsas. A unas y a otras hay que ayudarles a formar una conciencia recta, cierta y delicada. Esta lucha contra el pecado mortal es imprescindible. Si no se logra erradicar el pecado mortal, ¿cómo se puede pensar en superar el pecado venial y las faltas deliberadas?.

Tendremos que animar, enseñar y dar los medios para:

1º Erradicar el pecado mortal como estado habitual.

2º Superar el de pecado venial como estado habitual.

3º Suprimir las faltas deliberadas.

Hay frases que hacen mella en la vida. En momentos de hacer elecciones difíciles, estas influyen positivamente; por eso, los sabios formadores de grandes santos las inculcan a sus almas: «Antes morir que pecar», «¿De qué le sirve al hombre ganar todo en la vida si pierde su alma?», «Si tu ojo te escandaliza, sácatelo», «La mayor tristeza: pecar»...

Los pecados veniales, las faltas deliberadas y las imperfecciones se dan por el incumplimiento de los deberes diarios, desde las grandes responsabilidades hasta las más pequeñas, cuando falta la delicadeza y el esfuerzo por observar la ley de la caridad en relación con Dios, con una misma y con los demás.

La purificación supone también una lucha contra los criterios del mundo que pueden apartarnos de Dios y de las enseñanzas evangélicas. Implica, así mismo, estar atentas para descubrir las tentaciones que el demonio, enemigo principal de nuestras almas, nos querrá presentar. Supone, en fin, luchar contra lo que San Pablo llama la ley de la carne, y mortificar todo aquello que no vaya de acuerdo con la ley de Dios.

La purificación encuentra su fundamento en la humildad, en ese tomar conciencia de la propia nada y de la grandeza de Dios. *“Yo sé, Señor, que nada puedo sin Ti, pero también sé que contigo todo lo puedo”.*

La purificación sólo se hace posible cuando se ama a Jesucristo. De hecho, es el amor la razón de la purificación, pues a quien busca amar de verdad nunca le parecerá suficiente lo que hace por la persona amada. Sería muy poco, el contentarnos con no ofender.

Existe en la mentalidad de muchos la idea de que la vida de gracia se identifica sin más con lo que se llama el «estado de gracia»; y el estado de gracia, para efectos prácticos, no vendría a ser otra cosa más que la simple ausencia de pecado. De este modo, el esfuerzo de muchos cristianos se reduce a un propósito, más o menos sincero, de no cometer pecado, y a acudir a la confesión de cuando en cuando, para estar en paz con Dios y con su conciencia. En realidad la ausencia de pecado no es más que la condición «sine qua non» de la vida de gracia.

Pero ésta, como decía, va mucho más lejos, ya que entraña una verdadera relación personal de amor con Jesucristo. Y sería una burda grosería confundir el amor hacia una persona con una mera abstención de ofenderla.

Todo cristiano, cuánto más una mujer consagrada ha de buscar ardientemente vivir en gracia. *Pues la vida de gracia es el medio por el que la mujer consagrada (y todo cristiano) se une a Cristo como el sarmiento a la vid y por el que la vida de Cristo se manifiesta en su cuerpo mortal. Cultivarla con cuidado y vivirla como una especial relación de amistad con Jesucristo. Procurar apreciarla, valorarla y agradecerla sinceramente. El esfuerzo por desarrollarla para que dé frutos de vida cristiana y de buenas obras, nunca será de más. Defenderla como el tesoro más preciado y acudir pronta y contritamente al sacramento de la reconciliación para recobrarla, si alguna vez se tiene la desgracia de perderla.*

Los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, nos unen más a Cristo, fuente de toda santidad, y nos fortalecen en nuestro compromiso con Cristo por llevar a cabo la extensión del Reino de Dios en el ámbito de la propia vida personal, familiar y social.

- La oración como fuente de luz y fuerza Con la oración alcanzamos gracias actuales y desarrollamos las virtudes teologales infundidas por Dios en el Bautismo. Sin embargo, estamos en la posibilidad de dejarnos llevar por múltiples ocupaciones de la vida, es decir, caer en el activismo y ¿qué ocurre en almas consagradas que han dejado la oración? Son presas de la herejía de la acción.

Con frecuencia, cuando se recitan oraciones, no siempre se tiene conciencia de cuanto se dice; acaba así por convertirse la oración en mera rutina, en estribillo que se repite inconscientemente. Nunca debemos dar por supuesto que la dirigida ya sabe cómo hacer oración. En muchos casos la dirección espiritual será el único medio que tendrá para aprender. Hay que enseñarle. Los apóstoles, al ver cómo rezaba Jesús, le pidieron: *“Señor, enséñanos a orar”* (Lc 11,1).

También nosotros debemos pedírselo y aprender de Él a orar para hacernos maestros de oración.

No podemos pretender que la dirigida aprenda a orar en una sola dirección espiritual; a la orientadora no deberá importarle pasar varias direcciones espirituales enseñando la forma práctica de hacer los diversos compromisos de vida espiritual marcados por las Constituciones. Ayudarle para que vaya aprendiendo a hacer el silencio interior y logre y cultive la unión y relación personal con Dios y a lo largo de todo el año, la dirigida revisará este tema tan esencial en la vida de toda mujer consagrada.

En la oración, el hombre recoge su mente, su voluntad, su corazón, su memoria, su imaginación, para dialogar con Dios -como se conversa con un amigo- acerca de un pasaje del Evangelio, de algún tema de la vida cristiana, o de alguna situación personal.

Toda alma consagrada que de verdad busque crecer en la fe y en la santidad, debe hacer de su oración una verdadera entrega a este diálogo con Dios y sacar de allí la luz, la determinación y la ayuda para recorrer cada jornada según el querer del Creador expresado y concretizado en sus Constituciones, Reglamentos, avisos de sus Superiores, etc.

- El plan de vida, del que hablaremos más adelante, se considera como un medio indispensable de progreso del alma, dado que el área espiritual, como cualquier otro aspecto de la vida humana, no podrá desarrollarse sin un cierto orden y estrategia.

- Cultivo de las virtudes: Lo recomendable es ejercitarnos en las virtudes teologales y hacer de ellas la fuente de nuestra vida interior y apostólica, para que caminemos siempre por la senda de una fe viva, operante y luminosa, que nos permita iluminar todos los acontecimientos de la vida con la luz de Dios y nos ayude a ser fieles y perseverantes hasta la muerte, en medio de las dificultades y luchas que nos exija el cumplimiento de la voluntad de Dios sobre nuestra vida; por la senda de una esperanza gozosa e inquebrantable, que nos llene de la seguridad que sólo Dios puede dar; y por la senda de una caridad ardiente y generosa, que nos haga comprender cuán amable es Dios y nos lleve a responder a ese amor en el cumplimiento fiel de nuestros deberes de almas consagradas al único y supremo amor: Jesucristo y en la entrega de nosotras mismas a las demás hermanas en religión y luego más allá a toda la humanidad.

La presencia de Dios en el alma a través de la vida de gracia y de las virtudes infusas, y el seguimiento de Cristo, requieren de actos concretos para manifestarse y desarrollarse. Cuando hablemos de virtudes no deberemos olvidar aquellas que más brillaron en la persona de Cristo, y que deben adornar a toda esposa de Cristo, como son: la caridad, la pobreza, la castidad, la obediencia, el espíritu de sacrificio, la entrega a la voluntad del Padre y a la salvación de los hombres, la pureza y libertad de corazón, la sinceridad, etc.

Un autor, citado con frecuencia, comenta: *“Porque en la caridad para con el prójimo faltan con harta frecuencia aún las mismas personas devotas, ha de insistirse mucho en ella en los exámenes de conciencia, y en las confesiones”* (Ad. Tanquerey, o.c., n. 543., p. 292.)

Sabemos bien que la caridad es la virtud reina del cristianismo y el distintivo de los cristianos cuánto más de aquéllas que hemos profesado seguir radicalmente al Maestro. Nos compete forjarla en sus diversas expresiones como son la benediciencia, el pensar bien de los demás, el evitar la crítica y odiar la murmuración, el cultivar un corazón magnánimo y servicial. ¿Avanzan nuestras dirigidas en la práctica de la caridad? ¿Han desterrado de sus vidas la crítica? ¿Les hemos enseñado a ver a las personas desde el punto de vista de sus cualidades? ¿Saben excusar los defectos de las hermanas? ¿Se gozan con los triunfos de sus hermanas? ¿Se suman a las iniciativas de las demás? ¿Están aprendiendo el arte de trabajar en equipo y de vivir en comunidad? ¿Se interesan por hacer el bien de manera desinteresada? Los programas de vida, propósitos de la dirección espiritual y de especiales épocas litúrgicas como el Adviento y la Cuaresma, nos ofrecen ocasiones propicias para trabajar de forma sistemática en el cultivo de la caridad.

- El celo apostólico: En un tema posterior indicaremos medios para forjar un corazón de apóstol; por ahora mencionaremos solamente cómo en la dirección espiritual hay que infundir la conciencia del llamado personal a extender el Reino de Cristo según ese “punto de vista” propio: el carisma de la congregación. De esta manera, las religiosas querrán formarse en todos los campos: intelectual, humano, espiritual y apostólico, pues de lo contrario, la eficacia de la gracia se vería obstaculizada por la ineptitud del apóstol. Hay que aprender a hablar de Dios al hombre del tercer milenio. La buena voluntad no basta, hay que prepararnos.

- Capacidad de sacrificio: Uno de los grandes secretos del progreso espiritual consiste en reconocer y seguir fielmente las mociones divinas o inspiraciones del Espíritu Santo. Conforme la persona sintoniza más con el querer del «Socio», con mayor facilidad escucha su voz en la propia conciencia durante los momentos de oración o en las diversas situaciones del quehacer diario. Ordinariamente, estas mociones chocan con el egoísmo y las pasiones desordenadas.

Por otro lado, debemos ser conscientes del tipo de sociedad en que vivimos. La educación impartida en culturas hedonistas como las nuestras, tampoco favorece la comprensión y la aceptación de los sacrificios que conlleva el amor. Y muchas de las jóvenes recién llegadas a la congregación están impregnadas, o al menos, salpicadas por este estilo de vida. Se piensa que si el amor «duele», ya no es amor. Se cree, erróneamente, que amar es «sentir bonito» o «sentirse bien». Se rehuye el sacrificio y se trata de obtener el máximo de placer con el menor esfuerzo. Por eso los maestros de vida espiritual hacen la siguiente recomendación: *“La purificación del alma, por la práctica de la penitencia y de la mortificación, no ha de dejarse jamás por entero y ha de insistirse sobre ella con los dirigidos, habida cuenta con el estado de su alma para variar los ejercicios de dichas virtudes”*. (Ad. Tanquerey, o.c., n. 543-2, p. 292).

Como orientadoras, será importante ayudar a la dirigida a valorar la radicalidad que exige el amor; si no lo hacemos así, se irá haciendo sorda a la voz de Dios. Un signo tangible de progreso en la vida espiritual será entonces la forma en que la dirigida va aceptando el sacrificio.

c) Consideración final con respecto a las etapas de vida espiritual:

Si consideramos que la persona recorre diferentes etapas en el camino de su perfección cristiana, la dirección espiritual deberá corresponder a las necesidades aparecidas en la etapa en que se encuentren. Daremos algunas pistas:

- La dirección espiritual de los principiantes.

El objetivo principal en la dirección espiritual a principiantes deberá ser motivarlas para afrontar las dificultades que surgirán, y prevenir sobre los escollos que podrán encontrar una vez iniciado el camino. Por ejemplo, puede suceder que inicialmente Dios les conceda algún tipo de experiencia sensible en la oración, y, sin embargo, al ir

avanzando, quizás se sorprendan al sentir algo distinto de lo que esperaban, se desesperen, y quieran dejar de orar. Es entonces cuando habrá que hacerles comprender que la perfección consiste en una lucha cuya duración se extiende a toda la vida, y que solamente triunfa quien persevera en ella.

Otras pueden tender a irse a los extremos. Se proponen un plan de vida tan exigente y tan fuera de su realidad, que prácticamente les será imposible cumplirlo y caerán en el desánimo. Por ello, < *"Una sabia, firme y es menor esta necesidad salvo en los períodos críticos que sobrevienen o cuando se ha de tomar alguna decisión importante paternal dirección es particularmente necesaria en la formación de los principiantes; más tarde "* (Garrigou Lagrange, Las Tres Edades de la Vida Interior, Ed. Palabra, Madrid, 1988, pag.297).

Las adelantadas o experimentadas.

Se conocen mejor a sí mismas y comprenden más la vida espiritual. Fácilmente expone a la orientadora el estado general de su vida y sus consultas. La dirección espiritual es más rápida y sencilla con la dirigida, que ya tiene un plan de vida definido. La orientadora espiritual, en este caso, viene a ser como una testigo de la vida del alma y de sus progresos. Sin embargo, no podemos confiarnos, deberemos buscar en nuestras dirigidas la permanencia dócil a las mociones del Espíritu Santo.

En el camino a la perfección, sobre todo cuando se ha avanzado más, hay épocas en que se presenta lo que en la vida espiritual se denomina «noches» o «desiertos». La persona no siente nada en su oración ni en su vida sacramental. Todo lo ve negro. Dios permite estas experiencias en la vida de ciertas almas para purificarlas y hacerlas capaces de niveles más elevados de oración, de unión con Él y de entrega. En estos períodos se pueden presentar terribles tentaciones contra la fe, la esperanza, y la caridad, pudiendo dudar incluso del amor de Dios. Evidentemente, para atravesar este período sin retroceder y progresando, supondrá una gran ventaja tener una experimentada orientadora espiritual que ilumine, y sobre todo motive, para que a pesar de lo incierto e insatisfactorio del camino, se continúe adelante con la seguridad de la fidelidad de Dios y de sus promesas.

Si queremos tener una visión del progreso real alcanzado, conviene tener presente el marco general de la vida de la dirigida. No se deben ver aisladamente cada una de las áreas. Por ejemplo, no se puede valorar la autenticidad de la oración sin ver la vida entera de la persona. Si al salir de Misa critica a las hermanas o a otras personas ¿de qué le ha servido la Eucaristía? Si obedece a regañadientes o simplemente no obedece ¿de qué le sirvió la Eucaristía? Y si es una religiosa muy activa, muy "cumplida" pero no vive la caridad ¿no habrá algo que falla?

Conforme la religiosa se purifique, en esa medida avanzará en la fe y el amor, en el deseo de asemejarse más y más a Jesucristo, y participará cada vez más de su intimidad haciéndose más capaz de amar al Padre y a todos los hombres con el corazón de Cristo.

RECUERDA:

La dirección espiritual eficaz

1.- Conocer a quien dirijo.

Que: Conocimientos generales: sexo, edad, situación...

Como: Libros de psicología, caracterología, cuestionarios orales o escritos, formales o informales

Observaciones, entrevistas, escucha activa, convivencias.

Conclusiones de la misma dirección espiritual.

2.-Saber a donde debo dirigirla.

Que: Objetivos personales y reales. Objetivo general y Objetivo específico.

Como: Orientación y reflexión. Tener los objetivos por escrito, revisarlos de dir. Esp. En dir. Esp. Apostolado concreto.

3.-Dar pasos de crecimiento espiritual.

Que: Crear inquietudes sanas. Plan personal y programa de vida. Conocimiento de las etapas de la vida espiritual y ayuda práctica.

Como: Recomendar libros de vida espiritual sólidos. Explicar fundamentos y etapas de la vida espiritual. Propósitos concretos y medibles.

CUESTIONARIO PERSONAL:

Repasa las preguntas que se ofrecen para ayudar al conocimiento de las personas a quienes diriges analizando el conocimiento concreto que tienes de cada una.

Medita delante de Jesucristo el objetivo principal que buscas con cada una, de cara a lo que Dios les pide.

Trázate un plan de lectura que te lleve a tener más conocimiento de la estructura de la vida espiritual.

REFLEXIÓN EN EQUIPO CON OTRAS HERMANAS ORIENTADORAS ESPIRITUALES.

Comentar la importancia que tiene el conocer realmente a la dirigida.

Elegir algún personaje del Evangelio y ver entre todos cómo Cristo lo conoce y lo trata tomando en cuenta su

manera de ser.

Intercambiar ideas sobre cómo prepararse mejor en el conocimiento de la estructura de la vida espiritual, de la psicología de las diversas edades y sexo, de las etapas de vida espiritual, etc.

REFLEXIÓN DE FE

Su labor como formadoras y directoras espirituales es sumamente rica y comprometedora. No se reduce a una tarea burocrática ni administrativa. Ustedes son formadoras en el momento y las circunstancias que se den en el campo específico del apostolado, ya sea en las etapas primeras de formación de las hermanas, ya sea a las hermanas más avanzadas en la vida consagrada, con las implicaciones que ello conlleva en la formación espiritual, humana, social e intelectual; educadoras de las mujeres que Dios ha llamado a la Congregación. A ellas han de dedicar lo mejor de su tiempo y de sus energías, porque son ellas las que prolongan su acción; con ellas construyen aquella parte del Reino que Dios les ha confiado. Oren por ellas, sacrifíquense por ellas, ámenlas cristiana y fraternalmente, pues sólo el amor sincero es capaz de instaurar con solidez y estabilidad incommovible La Buena Nueva que Cristo nos ha traído, y este amor plásmenlo en un cordial, sincero y continuo espíritu de servicio.

¿QUIÉN ES EL SUJETO DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL?

Autor: Guadalupe Magaña

Ya nos hemos referido a la persona que tiene la misión de orientar a otra; sin embargo, no podemos olvidar la presencia, en la dirección espiritual, de tres personajes principales: el director u orientador espiritual, el dirigido y el Espíritu Santo. Nos referiremos ahora al dirigido, es la hermana que se acerca a nosotros en búsqueda de orientación y ayuda para encontrar la voluntad de Dios en su vida y caminar hacia la santidad.

No existe un término general aplicable al sujeto de la dirección espiritual. Algunos autores lo llaman «dirigido» porque está bajo una dirección; «orientado», porque acepta una orientación; «formando», por ser una persona en proceso de formación. Utilizaremos aquí el término «dirigido» por avenirse más al término dirección espiritual.

El dirigido aspira a mejorar y comprender más profundamente su vocación cristiana en su estado y condición de vida propios, para una religiosa, su vocación concreta en el carisma e institución a donde el Señor la ha llamado.

Sus relaciones con Dios y con el prójimo, sus deberes específicos en la etapa de formación en que se encuentra y lo que tiene asignado como expresión concreta de la voluntad de Dios y, por ello, se pone voluntariamente bajo la guía de un orientador espiritual quien podrá indicarle medios concretos para lograrlo.

No se excluye a nadie por razones de edad, sexo, estado de vida, condición social, o educación, de la necesidad moral de pedir consejo y ayuda en la propia vida espiritual, ni siquiera a los mismos orientadores espirituales.

Cuanta más responsabilidad se tenga en la congregación, más necesaria es la dirección espiritual.

Un maestro de vida espiritual dice a uno de sus dirigidos: le recomiendo cumpla fielmente la regla de la dirección espiritual periódica, no deje los medios por excelencia para conservar el fervor en su sacerdocio y tener verdadera fecundidad apostólica, como son la vida de sacramentos y, en especial, la celebración eucarística en la que cada día ofrece usted la Víctima de redención y se ofrece junto con ella; la oración, los exámenes de conciencia y todos aquellos medios de perseverancia que la Congregación pone a su disposición.

Quizás el dirigido tenga más conocimientos intelectuales, responsabilidades apostólicas de mayor envergadura con respecto al mismo orientador espiritual; aun así debe acudir a la dirección espiritual por la fuerza estimulante de los consejos y exhortaciones que recibirá del Espíritu Santo, a través del orientador.

"El que por creerse superior a los demás desprecia los consejos de un prudente director, ya puede despedirse de alcanzar jamás la perfección cristiana". (Antonio Royo Marín, Teología de la Perfección Cristiana, BAC 6ª ed, Madrid, 1988, n. 693, pag. 825).

El dirigido es, por lo tanto, la persona que busca conocer y realizar la voluntad de Dios en su vida.

FRUTOS DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Autor: Guadalupe Magaña

La dirección espiritual canaliza sus afanes de lucha contra la mediocridad espiritual y contra el pecado, y sobre todo, el esfuerzo por identificarse cada vez más con los sentimientos, criterios y amores de Cristo en el cumplimiento de su voluntad. Los frutos, los cambios, indicarán, a modo de termómetro, si hay un buen aprovechamiento de la dirección espiritual.

Ayuda en gran manera a la persona que orienta el hacerse estas preguntas reflexionando seria y serenamente:

- ¿Está formando una conciencia más recta y delicada?
- ¿Vive la vida de gracia de manera habitual?
- ¿Vive sus deberes de religiosa cada vez con mayor entrega?
- ¿Comprende cada vez mejor el misterio de la voluntad de Dios en su propia vida? ¿La vive con más coherencia?
- ¿Ha aprendido a orar mejor?
- ¿Ha adquirido un conocimiento más personal de Jesucristo, por el cual ha llegado a amarlo más y a imitarlo más en aquellas virtudes que más necesita?
- ¿Se percibe un mayor entusiasmo por las cosas de Dios, los valores del espíritu y los grandes valores humanos?

- ¿Percibe más claramente la presencia de Dios en las cosas concretas, acontecimientos y sucesos, sean buenos o malos?
- ¿Es capaz de ser testigo de su fe en su ambiente?
- ¿Ama más a la Iglesia y es más activa en su celo apostólico? ¿Hay una mayor integración afectiva y efectiva con la Congregación como don de Dios para su vida?
- ¿Vive la caridad dentro y fuera de la comunidad con mayor delicadeza?

He aquí algunos aspectos sobre los cuales, de vez en cuando, deberá hacer un análisis detenido. Ciertamente necesitamos serenidad y paciencia, pues el cambio y la consolidación de una persona es cuestión de tiempo, de muchos años. Puede haber retrocesos, momentos de abandono, aflojamiento, pero si hay en la dirigida voluntad de seguir luchando, si va cristianizando cada vez más sus criterios, actitudes íntimas y su comportamiento, entonces la dirección espiritual va bien.

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE UNA MUJER.

Autor: Guadalupe Magaña

Ordinariamente seremos orientadores espirituales de las hermanas de las primeras etapas de formación, en ocasiones de las hermanas más experimentadas en la vida religiosa... diferentes edades, diversidad de temperamentos, etc. Debemos prepararnos, en el conocimiento de las características esenciales de la edad de quienes dirigimos.

La Dirección Espiritual de una mujer

La dirección espiritual debe dirigirse a una mujer concreta; es decir, a una mujer con un nombre, una historia, unas circunstancias concretas. A ella le enseñaremos el camino de la voluntad de Dios en su vida de mujer consagrada a Cristo. Sea cual sea su circunstancia, se le debe apoyar en el descubrimiento y cumplimiento del plan de Dios sobre su vida.

Quien dirija a mujeres debe poseer profundo conocimiento de sus rasgos característicos. Además de sus observaciones personales o de su propia experiencia como mujer. Conviene haga lecturas sobre aspectos psicológicos y fisiológicos femeninos para saber dirigir las en las diversas etapas de su vida. Como bien sabemos, las alteraciones hormonales suelen tener consecuencias en todas las áreas de la vida de una mujer.

Resulta imprescindible conocer algunos de los aspectos mencionados a continuación:

- 1.- Su profunda sensibilidad hacia las experiencias propias y ajenas, los sentimientos y emociones suscitados por ellas y la influencia recibida sobre la propia percepción de la realidad
- 2.- Su interés y tendencia a ayudar a los demás, fruto de su instinto maternal.
- 3.- La volubilidad de sus estados anímicos, influidos muchas veces por los cambios hormonales.
- 4.- Su gran fuerza moral y espiritual.
- 5.- Su interés por lo concreto y por el detalle.

A partir de estos y otros conocimientos básicos sobre la realidad femenina, se puede establecer una metodología de trabajo adecuada y adaptada a su realidad.

En la situación actual se ve necesario ayudar a la mujer a:

- Conocer y valorar su naturaleza y vocación. (Recomendamos leer los varios documentos de Juan Pablo II relativos a la mujer, especialmente: *"Mulieris Dignitatem"*, la carta a las mujeres de julio de 1995, la encíclica *Redemptoris Mater*.)

La mujer, cuando toma conciencia de su identidad y de su vocación, puede hacer milagros en su vida y en la vida de los demás. El Papa Juan Pablo II, en su carta a las mujeres fechada en julio de 1995, habla de la fuerza moral de la mujer, de su fuerza espiritual, nacidas de la conciencia de que Dios le confía de un modo especial al hombre. Compete a la orientadora formar mujeres consagradas de verdad, esposas de Cristo coherentes.

- Formar a la mujer consagrada íntegramente.

Su rica sensibilidad la convierte en una fuente inagotable de donación a Dios y a los demás; sin embargo, también puede llegar a ser un veneno amargo de susceptibilidad, ansiedad, temor y pesimismo.

En la vida de la mujer, tienen un puesto fundamental la afectividad, los sentimientos, las emociones, dones de Dios en función de su misión pueden, sin embargo, revertir contra ella misma, arruinando su propia vida y la de los demás. En la raíz de los grandes problemas presentes en la vida de la mujer, subyace una emotividad mal controlada, mal educada y mal dirigida; es decir, una emotividad que ha tomado posesión de su razón y de su voluntad.

Es indispensable ayudarle a formar sus sentimientos, sus pasiones, su afectividad. Muchos de los problemas tienen su razón de ser aquí. Cuando, una mujer no ha educado sus sentimientos, sus pasiones ni su afectividad, bien podemos decir que no es una mujer madura, por tanto ¿cómo va a ser capaz de vivir su vocación religiosa con la madurez correspondiente?

- Llevarla a mirar a María, Mujer por excelencia, para aprender de Ella las virtudes que más necesita.

La Santísima Virgen María es para cada mujer y cuánto más para la religiosa, el modelo más acabado de la nueva creatura surgida del poder redentor de Cristo, y el testimonio más elocuente de la novedad de vida aportada al mundo con la resurrección del Señor. Por ello cultiven la verdadera devoción a la Santísima Virgen, Madre amantísima de la Iglesia, que consiste muy especialmente en la imitación de sus virtudes, sobre todo de su fe, de su humildad, de su obediencia y de su colaboración en el plan redentor de Cristo. Así mismo, ámenla tierna y filialmente como Madre de su vocación, invóquenla con confianza, y hónrenla con su oración y su alabanza.

Valiosa recomendación que bien podemos hacer propia cada una de las mujeres consagradas.

Encomienden su vida consagrada a Cristo, a la solicitud materna de María y siéntanla cerca de todos sus trabajos y afares, ya que de Ella, como Madre y Reina de los apóstoles, todas deben esperar y aprender mucho, pues cooperó de modo singularísimo en la obra del Salvador y fue en su vida ejemplo de aquella caridad apostólica con la que es necesario que estén animadas todas las que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para la salvación de los hombres

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES.

Autor: Guadalupe Magaña

Dentro de las tareas de la mujer consagrada, especialmente de la que tiene como misión pastoral atender a las adolescentes y jóvenes, pueden servirle las siguientes reflexiones.

Si se ha dado una formación espiritual adecuada y permanente en la niñez y en la pre-adolescencia, por lo general nos encontraremos con adolescentes o jóvenes deseosos de conocer los medios que le pueden llevar a la autenticidad y a la vivencia coherente de su fe. Si por el contrario, no han tenido esta formación, deberemos estimar en su justo valor las ventajas y desventajas ofrecidas por estas etapas para llevarles a encontrar el sentido de su vida a la luz de la fe.

Por una parte, su juventud les propone ideales y deseos de transformar la sociedad. Buscan y necesitan modelos, y el mayor que podemos presentarles es Cristo. Son críticos y rechazan cuanto les parece mal en sus mayores, aman y admiran a sus formadores auténticos. Necesitan ser vistos con esperanza y sentir que se confía en ellos.

Por otro lado, los medios de comunicación social no dejan de bombardearlos continuamente con anti-valores, y ello se refleja en:

- 1) Frialdad e inmadurez en la vivencia religiosa, a lo cual sigue la huida de todo compromiso y esfuerzo espiritual.
- 2) Deseo y búsqueda de una libertad mal entendida.

Cuántas mentes juveniles vegetan en la penumbra, en el crepúsculo, en una incertidumbre penosa. Se creen libres, porque no están sujetos a nada; se creen inteligentes porque someten todo a discusión; se creen grandes, porque tienen la certeza de la duda que les desvincula de toda solidaridad en el diálogo con los demás y con sus propias certezas, y todo porque no conocen ni tienen a Cristo

- 3) Poner el valor personal en lo que se tiene, o en lo que se hace, y no en lo que se es.

Hemos visto con pena cómo otros muchos no encontraban el sentido de sus vidas. Optaban y siguen optando por otros caminos fáciles que no conducen ni a la realización completa del hombre ni a su eterna salvación: acumular riquezas, dejarse arrastrar por placeres efímeros o vanidades mundanas, adquirir prestigio o poder. Por desgracia, un buen número de jóvenes, se siente como encandilado por todos estos ofrecimientos de una sociedad cada vez más materialista. Muchos de ellos, desengañados de todo, emprenden la fuga hacia la droga, el sexo o el alcohol arruinando su existencia y vendiendo su felicidad por un plato de lentejas.

- 4) Sed espiritual pero, miedo al compromiso. Pueden sentirse atraídos a sectas y modas pasajeras.

- 5) Conciencia poco formada o deformada.

Comenta un conocido teólogo suizo: *“El joven quiere ser distinto de los demás, aspira a lo sublime y a una mayor libertad, pero se viene abajo, se queda rezagado por detrás de su ideal y poco a poco se resigna también a ser “uno más”.* (Hans Urs von Balthasar, Tu coronas el año con tu gracia. Encuentro Ediciones. 1997, p. 235).

Puntos claves en la dirección de los adolescentes y jóvenes

- a) El orientador debe tener liderazgo humano y espiritual; así será admirado y aceptado por el adolescente.
- b) El orientador debe volverse un amigo para el adolescente o el joven, mostrando verdadero interés por su persona. Debe «hablar su idioma»; no comportarse como adolescente porque perdería ascendencia, pero sí mantenerse cercano, compartiendo sus intereses, sus problemas, sus inquietudes, sus dificultades.
- c) Formar su conciencia, su voluntad, sus sentimientos. Darles las herramientas necesarias para transformarse en adultos maduros y coherentes.

Nos toca vivir en una época en la que es muy fácil la desorientación de los criterios morales y éticos. En efecto, estamos asistiendo a una desorientación gigantesca de la conciencia individual y social, hasta el punto de que a muchos les resulta difícil distinguir los límites de lo bueno y lo malo... Por ejemplo, nunca como hoy ha sido el hombre tan sensible a su libertad y nunca ha hecho peor uso de ella: así por un lado escribe una carta de los derechos humanos, y, por otro los suprime de raíz por el aborto, la eutanasia... Por un lado proclama a los cuatro

vientos la propia madurez, y, por otro, adopta como pauta de comportamiento normas tan volubles como la opinión pública, los eslogans de moda y los modelos culturales y sociales del momento

d) Presentarles ideales altos, proponerles retos adecuados pero exigentes a la vez, siempre motivando y acompañando. Darles metas concretas a corto, mediano y largo plazo para que ellos puedan observar los logros y avances.

e) Salir al paso cuando no puede o no sabe abrirse por sí mismo. Hacerse el encontradizo, buscarlo. No podemos conformarnos y esperar sentados a que vengan por sí mismos.

Aquí sería bueno preguntarnos: ¿conocemos "por su propio nombre" a cada joven que nos ha sido confiada? ¿Ha llegado a establecerse un diálogo cordial, ha tenido lugar una apertura total por parte de ella? ¿O el que no haya quitado todas las barreras que celan su intimidad no se deberá a alguna desatención por parte nuestra? ¿Hemos sabido crear una atmósfera de confianza en torno a ellas? ¿No se habrán sentido rechazadas y heridas jóvenes dotadas positivamente de sensibilidad fina y de aspiraciones espirituales elevadas, ante nuestro modo de ser quizá desatento, falto de tacto, no siempre equitativo o auténtico en nuestras funciones como formadoras? Antes de apelar al sentido de fe, facilitémosles las cosas esforzándonos sinceramente por vivir nuestro estatuto de cortesía, delicadeza, deferencia, atención, sentido de justicia, equidad y objetividad en nuestros juicios y de serenidad en nuestras decisiones. La directora espiritual es a la vez mujer de Dios, maestra, madre, amiga y hermana que sabe acoger, escuchar, comprender y, sobre todo, al caso, salir al paso y ofrecer ocasión para el encuentro cuando el alma atribulada no puede, no sabe o no se atreve a abrirse por sí misma.

f) Ayudarle a hacerse independiente del grupo o la presión social, a tener sus propios valores y normas de conducta y a ser coherente cueste lo que cueste para no resignarse a ser uno más.

g) Motivar constantemente.

h) Fomentar la amistad con Cristo. Un punto esencial en la dirección espiritual de la joven se dirige a llevarle al descubrimiento de un Dios personal, Creador y Padre; a Jesucristo, Redentor y Amigo; y al Espíritu Santo, el mejor Socio en la lucha por ser santas. Lograr en ella una opción por Cristo como centro, criterio y modelo de su vida, y una actuación en su vida de acuerdo a sus convicciones. La meta será buscar alcanzar el amor a la vida de gracia, el cultivo y la defensa de la misma como expresión de su relación de amistad con Cristo. También la orientadora debe despertar y orientar una sana y fervorosa devoción a la Santísima Virgen María. Entre la adolescente o joven y María debe existir una relación llena de detalles, de ternura, de admiración, de oración; en una palabra, el amor y la confianza de una hija para con su madre. Esta espiritualidad Mariana, si es verdadera, conducirá a la imitación de sus virtudes.

i) Llevarles a entender la verdadera libertad y su correcto uso. Confrontarlos con modelos atractivos de los hombres más libres: los santos.

Necesitan claridad ante la confusión que les provoca la aparición de nuevas tendencias. Necesitan explicaciones que les ayuden a entenderse a sí mismas y los cambios que se van operando en su personalidad. Necesitan el acompañamiento de la educadora que les corrija y advierta de los peligros con suficiente anticipación. Y necesitan estar cerca de Jesús por medio de la frecuencia de los sacramentos y de experiencias fuertes que les motiven y les refuercen la vivencia de la fe cristiana.

Algunos de los puntos prácticos sobre los cuales debemos trabajar para apoyar un correcto uso de la libertad, quedan mencionados a continuación

- Acostumbrarlos a proceder por razones fundadas, no por imitación o comparación.
- Enseñarles a distinguir entre el bien y el mal, basándose en la moral cristiana, en el ejemplo y doctrina de Jesucristo, tal y como se encuentra en el Evangelio interpretado por el Magisterio.
- Hacerles reflexionar sobre sus propias decisiones, acostumbrándoles a asumir las responsabilidades y consecuencias derivadas de sus opciones.
- Provocar en ellas un modo de actuar libre, por cuenta propia, y no como fruto de una conducta masificada, en base a ideas o costumbres de moda.
- Darles oportunidad de responsabilizarse en cosas pequeñas y grandes, dándoles confianza y seguimiento.
- Formar su voluntad a través del esfuerzo constante y del sacrificio, fomentando el dominio y el autocontrol.
- Hacerles distinguir entre sentimientos y actitudes, y entre estados anímicos y realidad.
- Centrar y orientar a la joven, pero sin cortarles las ilusiones e ideales, ni limitar sus posibilidades. El idealismo llena estas etapas de la vida, y la orientadora espiritual, por el simple hecho de ser mayor y más realista, puede parecer ante la dirigida como un pesimista que no valora sus planes y proyectos.

En la dirección espiritual de la adolescente se revisarán los compromisos o propósitos de vida espiritual, de su formación humana, de sus deberes de hijos, de hermanos, de amigos, de estudiante, etc. Sus relaciones con el prójimo. También:

El compromiso de la dirección* espiritual anterior.

El tema de su formación académica y disciplinar en* el colegio o en la universidad.

Su vida familiar, invitándole siempre a* crecer, pero sin ponerse en contraste con sus seres queridos, pues son etapas de frecuentes conflictos con la autoridad de los papás.

El tema del* apostolado, tanto a nivel de equipo, como el apostolado del testimonio. En donde quiera que se encuentre debe vivir con coherencia y autenticidad su propia fe.

Ayuda repasar las virtudes humanas y cristianas, en especial la* caridad, la obediencia, la pureza, la humildad y el celo apostólico.

* Siempre se le ha de motivar para la vivencia perseverante de su vida de gracia y la recepción de los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía.

Muchos adolescentes o jóvenes no cuajan, se pierden, o por lo menos no alcanzan el compromiso o grado de entrega al que Dios nuestro Señor les llamaba, por falta de la ayuda necesaria. Necesitan ayuda para hacer crecer la semilla sembrada por Dios en su alma, y así llegar a dar frutos. Esto se logra si la directora espiritual se mantiene cercana a ella y le sabe orientar en modo oportuno y motivador

LA D.E. A JÓVENES CON VOCACIÓN AL SACERDOCIO Y VIDA CONSAGRADA.

Autor: Guadalupe Magaña

Cuando una orientadora espiritual tiene a su cargo las adolescentes y jóvenes de su colegio, de la catequesis o de otra tarea en la pastoral, empieza a conocerlas por medio de la orientación espiritual, podrá ir percibiendo en algunas el llamado a la vida consagrada. Don y misterio que habremos de respetar y tratar con sumo cuidado, como el administrador consciente de haber recibido un encargo especial. Una joven, llamada por Dios a una entrega total, necesita un ambiente positivo en su familia, en el colegio y en el grupo de pastoral para poder descubrirlo y aceptarlo, pero de manera especial necesita la ayuda de su orientadora espiritual. Conviene atenderla con mayor frecuencia para lograr una disposición espiritual tal, que le permita acoger con sencillez y gratitud una posible llamada por parte de Dios.

Una orientadora espiritual, si de verdad se siente sumamente responsable del cultivo y fomento de las vocaciones:

- 1) Buscará detectar a quien tiene alguna inquietud o mayor probabilidad de tener vocación.
- 2) Se esforzará por conocerla lo mejor posible, discerniendo si tiene las cualidades (físicas, psicológicas, humanas, espirituales, intelectuales) y el llamado. Lo atenderá cada ocho o quince días.
- 3) La vocación viene de Dios y la manifiesta Dios, por tanto, será esencial para poder escucharlo, el ayudarla a vivir el estado habitual de gracia y amistad con Él a través de la lucha sincera por desterrar el pecado.
- 4) Fomentará en ella la conciencia de la importancia del cumplir la voluntad de Dios en su vida.
- 5) Le propondrá una mayor vida de oración y de sacramentos: confesión semanal o quincenal y Celebración Eucarística diaria a ser posible, para preparar la escucha de Dios.
- 6) Profundizará el trabajo espiritual con ella en los retiros y convivencias; la invitará como animadora y le dará responsabilidades en el grupo de pastoral, en el colegio, o en el ambiente donde se mueve.
- 7) La introducirá en el tema vocacional, le dará a leer libros que le ayuden.
- 8) Buscará la generosidad creciente. Esto significa buscar cuanto le puede hacer amar más a Jesucristo cada día. Ayudarla a comprometerse en tareas apostólicas, como expresión de su amor a Cristo.
- 9) La enseñará a encomendar su vocación a María todas las noches. Ella, como buena Madre, le enseñará a responder.

El hecho de interesarnos en la apertura de una joven a la llamada de Dios, no debe llevarnos a preguntarle imprudentemente desde el primer momento: ¿Te gustaría consagrarte a Dios? ¿Has pensado en ser religiosa? A menudo estas preguntas tan directas espantan a las dirigidas, prefieren evadirlas y quedar sin compromiso.

Resulta más natural invitarlo a escuchar siempre la voz de Dios, puesto que nos movemos en el contexto de la vida espiritual, y a darle con generosidad cuanto, Él le vaya pidiendo.

Nosotros sabemos cómo Dios habla al corazón; sin embargo, si le decimos esto a una adolescente o a una joven, responderá con la frase: “Pues a mí no me habla”. Entonces deberemos enseñarle a escuchar a Dios a través de las mediaciones humanas: una confesión, una dirección espiritual, el consejo de un adulto o un compañero, una buena lectura, un buen o un mal ejemplo, etc. Estos signos le irán mostrando el camino vocacional. Si un día recibe el llamado, se encontrará preparada para descubrirlo en uno de esos signos. Podremos invitarla a convivir con nosotras (si es posible), a convivencias vocacionales donde profundizará la experiencia de Cristo y el llamado que le hace y, posteriormente, podrá dar el paso de la entrega, en el caso de una verdadera vocación.

No debemos olvidar el respeto al alma; no debe sentirse perseguida ni agobiada por el tema de la vocación. A nosotros nos toca cultivar los medios para ayudarla a recibirla, y hablar con libertad de cuanto, Dios le pide. No debemos temer tampoco la sinceridad cuando descubramos el llamado de Dios a un alma, valorando más el don recibido que el sacrificio implícito. Ayudar al alma a hacer su opción una vez visto el camino con claridad. Debemos tomar en cuenta la dificultad del momento y de la decisión, por eso muchas almas tienden a posponer la decisión. De este modo sencillo pueden florecer las vocaciones sembradas por Dios en el campo de la Iglesia. La dirección espiritual no es otra cosa que el agua, el sol o el abono para que esa semilla crezca, florezca y fructifique. También se necesitará nuestra oración y sacrificio para arrancarles la gracia de la generosidad.

RECUERDA:

1. El dirigido aspira a amar a Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con todo su ser, cumpliendo su

misión en la vida; para ello se pone voluntariamente bajo la guía de un orientador espiritual en quien ve, por medio de la fe, el instrumento utilizado por Dios para alcanzar este objetivo.

2. Se deben fomentar, cultivar y desarrollar en él las actitudes de sinceridad y apertura, el sentido y visión sobrenatural, la docilidad, la perseverancia y la discreción.

3. Nuestro fin consiste en transformar al orientado en el mismo Cristo; debemos animarlo a una acción serena y paciente, realista y objetiva, imbuida de fe y confianza en la acción de la gracia, siguiendo el paso de Dios en su alma.

4. Necesariamente deberá darse una adaptación a la edad, sexo y condición de los orientados.

5. En la dirección espiritual de jóvenes y adolescentes tengamos presente la posibilidad de un llamado de Dios.

Ayudarles a descubrirlo y aceptarlo. Recordemos nuestra responsabilidad ante Dios de este don para la Iglesia y el Movimiento. Fomentar en los padres y madres de familia la apertura a la vocación que Dios disponga para sus hijos.

CUESTIONARIO PERSONA

1) Con la conciencia de haber sido escogida por Dios como instrumento para llevar a las almas a una mayor santidad y perfección espiritual, ¿fomento el liderazgo espiritual y humano?

2) ¿Fomento las actitudes adecuadas en mis dirigidas?

3) ¿Cuál es el fundamento de mi relación con mis dirigidas? ¿La fe, la verdadera caridad sobrenatural?

4) ¿Qué busco al dirigir las almas que la Congregación y Dios han colocado en mis manos? ¿Su unión con Cristo o mi satisfacción personal? ¿El cumplimiento de una misión sobrenatural y trascendente o el cumplir una obligación burocrática?

5) ¿Me he preocupado por conocer las características del grupo que dirijo, según su edad, sexo y circunstancias?

6) ¿Me adapto a cada una y busco tanto lo que más le pueda ayudar como aquello que Dios le pide a esta hermana en particular?

7) ¿Evalúo los avances y resultados obtenidos para realizar algún cambio si lo creo oportuno?

8) ¿Me siento responsable de buscar, sostener y alentar las vocaciones? ¿Qué hago para ello?

REFLEXIÓN DE FE 1

"Dicen que los hombres se convierten en simples máquinas y pierden la dignidad de la naturaleza humana cuando se guían por la palabra de otro. Y me gustaría saber lo que llegarían a ser siguiendo su propia voluntad. Yo apelo a una persona sincera y pregunto si no reconocería que, en general, el mundo sería mucho más feliz, los individuos mucho más felices si se dejaban llevar por un consejo amigo. Por cada persona que ha sido perjudicada por seguir la dirección de otro, cientos de personas se han arruinado guiándose por su propia voluntad" (Card. J.H. Newman, Sermón para el Domingo 1 de Cuaresma: Entrega a Dios).

"Conviene que para lo que toca al regimiento de vuestra conciencia toméis por guía y padre alguna persona letrada y experimentada y ejercitada en las cosas de Dios (...). No le escondáis cosa buena ni mala; la buena, para que la examine y os avise, y la mala, para que la corrija. Y cosa de importancia no hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de la obediencia, que pondrá en el corazón y lengua de vuestro guía lo que conviene a vuestra salud. Y de esta manera huiréis de dos males extremos: uno de los que dicen "No he menester consejo de hombre; Dios me rige y me satisface". Otros están sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, y a éstos se les aplica aquella maldición que dice "Maldito el hombre que confía en el hombre". Sujetaos vos al hombre, y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en saber y fuerzas de hombres, mas en Dios, que os favorecerá y hablará por medio del hombre; y así habréis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto que, aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro para hallar la voluntad del Señor como éste de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos. (San Juan de Ávila, Reglas muy provechosas, n. 9, citado por Royo Marín, o.c. p. 832).

REFLEXIÓN DE FE 2

¿Cuáles son los motivos serios o razonables para pedir cambio de director espiritual? Pueden reducirse a dos: cuando la dirección espiritual resulta inútil o perjudicial.

• La dirección espiritual resulta inútil cuando, a pesar de nuestra buena voluntad y sincero deseo de adelantar, no sentimos hacia nuestro director espiritual el respeto, la confianza o la franqueza indispensables para la eficacia de la dirección; o también cuando vemos que no se atreve a corregir nuestros defectos, no se preocupa de estimularnos en el camino de la virtud, no soluciona nuestros problemas, no muestra interés especial por nuestra santificación, etc.

• Resulta perjudicial:

Cuando advertimos claramente que el director espiritual* carece de la ciencia, prudencia y discreción necesarias. Cuando fomenta* nuestra vanidad, tolera fácilmente nuestras faltas y defectos o ve las cosas desde un punto de vista demasiado natural y humano.

Si es aficionado a* perder el tiempo mezclando en la dirección espiritual conversaciones frívolas o de simple curiosidad, o totalmente ajenas al asunto de que se trata. Y con mayor razón si se ha transparentado a través de ellas una afición demasiado sensible hacia nosotros o si la experimentamos nosotros hacia él.

Si tratara de* imponernos cargas superiores a nuestras fuerzas, o incompatibles con los deberes del propio estado, o quisiera atarnos con votos o promesas de no consultar con ningún otro director espiritual las cosas de nuestra alma.

Si advertimos* claramente que los consejos y normas dadas por él, lejos de hacernos adelantar, más bien nos perjudican espiritualmente teniendo en cuenta nuestro temperamento y especial psicología. Pero hay que tener

cuidado con las ilusiones del amor propio, que fácilmente se puede mezclar en estas apreciaciones. En todo caso, antes de cambiar de director espiritual por este motivo, habría que manifestarle lo que pasa, con el fin de ensayar otros procedimientos.

OBJETIVOS CLAROS Y SEGUIMIENTO = EFECTIVIDAD EN LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.

Autor: Guadalupe Magaña

En la dirección espiritual reviste especial importancia el saber a dónde quieres llevar al alma para no dar palos al aire. Basados en un conocimiento real de la persona que dirigimos, conforme a lo expuesto en el paso anterior, debemos siempre preguntar a Dios en la oración, y con la reflexión, qué quiere de ella. De esta manera definiremos el objetivo general y los objetivos específicos.

Los objetivos han de ser **personales**; es decir, basados en el conocimiento y situación real de la persona concreta y de sus circunstancias. Objetivos libres de presiones, de prejuicios irrespetuosos, de falsos temores.

Será necesario también tener un gran equilibrio en las metas que se propongan para la superación y crecimiento espiritual. Como el proverbio dice: *“La virtud siempre está en el centro”*, no en la ley del menor esfuerzo, ni en la exigencia fanática. Por tanto, la orientadora espiritual no debe sugerir metas extremas que provoquen en la orientada desánimo o desconfianza.

“Solamente así podrá trazar un programa de dirección, el cual ha de ser de manera que se acomode al estado actual del alma para hacerle mejor de lo que es. No se puede gobernar a todas las almas de la misma manera; hemos de tomarlas en el grado en que están, para ayudarlas a subir gradualmente, sin arrebatar la marcha por el áspero sendero de la perfección. Además unas tienen mayor ardimiento y generosidad; y otras, mayor calma y lentitud; no todas son llamadas con mucho al mismo grado de perfección”. (Cfr op cit).

Se definirá siempre el **objetivo general** tomando en cuenta su idoneidad y el llamado personal de Dios. Por ejemplo: que logre integrarse, que se abra a la vocación, que la afiance, que acreciente su fe, crezca en el amor, que asuma su apostolado con renovado ardor, con pasión, que valore la oración, que conserve la gracia, etc. Así vemos actuar a Cristo, quien en su trato con los discípulos tenía claro hacia dónde los iba a proyectar: Simón, el pescador, será Pedro; María Magdalena, la pecadora, llegará a ser la primer testigo de su resurrección; Juan el amigo fiel se convertirá en el discípulo amado y el evangelista del amor.

Si no hay un objetivo concreto, se puede caer en el error de creer que se están haciendo maravillas, cuando en realidad lo único que se logrará será caer bien la hermana a quien dirijo, quien comenzará, sí, a buscar la dirección espiritual, pero sin compromisos, sin exigencias, sin progreso.

Una vez definido el objetivo general, se definen los **objetivos específicos**. He aquí algunos ejemplos: si creo que Dios llama a esta hermana a conquistar esta virtud, a asumir esta responsabilidad en la Congregación: (siempre motivada por el amor al Señor), que tome sus compromisos espirituales con más delicadeza, que forme más su voluntad, que tenga un plan de vida espiritual con el ideal y virtud Cristocéntricos, más profundo conocimiento y amor al carisma propio... etc.

Quizás puede resultar relativamente fácil definir un programa de acción, pero lo más difícil será mantenerse en línea y centrados siempre en él. Presentamos a continuación algunos puntos que ayudarán para dar seguimiento:

- Tener los objetivos por escrito.
- Llevar evaluación escrita en orden a los objetivos.
- Revisar en cada dirección espiritual cómo se van logrando los objetivos.
- Definir acciones concretas que le lleven a lograr resultados progresivamente.
- Crear condiciones para que el plan se vaya realizando de manera natural.
- Consultar la ficha antes de la siguiente dirección espiritual.

Si hay algo que debe evitarse, es bombardear a la persona con objetivos que aún no han pasado por su mente, pues probablemente empezará a sentirse presionada y a creer que tú sólo buscas intereses personales. Por el contrario, busca reconocer el paso de la gracia de Dios en el alma de tus dirigidas. Busca ir al paso de Dios para no retrasar sus planes, pero también para no quemarlos. Prepara el terreno para que el alma se abra a la semilla de la gracia de Dios. Ayúdala a ver cómo Dios lo está guiando, dónde se encuentra y dónde quiere llevarla Dios.

Fomenta el crecimiento, la apertura a la voz y a la acción de Dios. Respeta a la persona donde esté, pero jamás seas pasiva como orientadora; abre horizontes; concretiza sus inquietudes y sus sentimientos. Que los falsos temores o el respeto humano no te impidan pedir más a tus almas. *“No exigir de lo amado que sea lo mejor, es indiferencia, lo contrario del amor”.*

Los hombres, permanentemente expuestos al fracaso en la multiplicidad de actos que llevamos a cabo, buscamos el éxito y el triunfo para nuestra propia satisfacción y autoestima. Por ello, cuando propongas algo a tu dirigida, asegúrate que podrá llevarlo a cabo; es decir, que tiene la capacidad y las cualidades, y que está en la situación más adecuada para realizarlo. Así la llevarás a dar más, pues la naturaleza humana tiende a relajarse y a elegir caminos cómodos, pero también puede desanimarse si se le pide algo imposible. **Recuerda siempre que la voluntad de Dios es, ante todo, autenticidad y fidelidad a los propios deberes de su consagración.** Fomenta la referencia a las Constituciones, a los escritos del Fundador / Fundadora, que llegue cada una de tus dirigidas a encarnar el carisma que Dios inspiró a la Fundadora/ Fundador.